

[Filosofía para niños]

# *El poder de la imaginación*

*The power of imagination*

ALEJANDRO ROJAS JIMÉNEZ

*Malaga Institute of Technology (España)*

recibido: 01.07.2015

aceptado: 29.07.2015

## RESUMEN

Si el pensar es un acto libre debe poderse ejercer sin subordinarse a las sensaciones, debe ser posible más allá de la impresión correspondiente. Aunque para ello tenga que crear sus propias imágenes, sus fantasmas. Si no puede hacer tal cosa, entonces su libertad debería ser puesta en cuestión, como hace el empirismo. Pero si por el contrario es capaz de seguir avanzando más allá de la sensibilidad, entonces, en nombre de su libertad, debemos reivindicar su poder y promoverlo.

## PALABRAS CLAVE

LIBERTAD, PODER, MAGIA

## ABSTRACT

If thinking is a free act, must be possible to exercise without subordinated to sensations, thinking should be possible beyond the corresponding print. Even if thinking need to create its own images, its ghosts. If it cannot do that, then its freedom should be called into question, as does the empiricism. But if instead it is able to move forward beyond the sensitivity, then, in the name of freedom, we must assert its power and promote it.

## KEY WORDS

FREEDOM, POWER, MAGIC

Claridades. Revista de filosofía, 7 (2015), pp.155-161

ISSN: 1889-6855 ISSN-e: 1989-3787 Dl.: PM 1131-2009

Asociación para la promoción de la Filosofía y la Cultura (FICUM)

NO ERA LA PRIMERA VEZ QUE BLANCA IBA a una estación de trenes, pero ninguna le había parecido tan grande como aquella. Constantemente trenes llegaban y se marchaban, trayendo y llevándose gente a los lugares más lejanos de Europa. Multitud de paneles anunciaban la llegada de los nuevos trenes, y por megafonía constantemente recordaban a los pasajeros la salida inminente de algún tren. El espectáculo tenía impresionada a Blanca. “¡Es la estación más enorme que jamás he visto!” exclamó.

Mientras sus padres preguntaban en la ventanilla por posibles viajes, Blanca contemplaba emocionada el bullicio: la gente con prisas, el ruido de los trenes, los abrazos de los familiares despidiéndose y reencontrándose... pero nada llamó tanto su atención como la entrada en la estación del tren más hermoso del mundo. ¿Cómo se llamaría ese tren? ¿De dónde vendría? Blanca intentaba buscar en las pantallas informativas el destino de este tren, aunque no sabía muy bien cómo hacerlo. No tardó en darse cuenta de que lo primero que tenía que hacer era buscar el número del andén en el que el tren esperaba la subida de nuevos viajeros, sin embargo no conseguía ver el número del andén. Quizás no se viera desde el sitio en el que ella se encontraba. Así que decidió acercarse un poco más, pero a pesar de ello no acertaba a encontrar el número. Continuó acercándose, y cuanto más se acercaba al tren, más hermoso le parecía, y más se acrecentaba su curiosidad por saber a dónde iría. No podría averiguarlo si no encontraba el número del andén, así que buscó con afán, hasta que se percató de que ese andén no tenía número. Es como si el andén hubiera aparecido de la nada a la llegada del tren más hermoso del mundo.

Intentó preguntar a la gente que pasaba cerca de ella, pero todos tenían mucha prisa y no le prestaban atención. Se percató de que había algún niño más, a parte de ella, intentando llamar la atención de los padres sobre la aparición mágica de aquel tren en ese andén misterioso, pero tampoco conseguían llamar la atención de los adultos. Entonces se le ocurrió una gran idea. “¿Cómo no se me había ocurrido antes?” pensó. Se acercó al vagón principal del tren y gritó con la esperanza de que el maquinista le contestara: “¡Señor maquinista!, me llamo Blanca, ¿podría decirme dónde va este tren?” Nadie contestó al principio. “¿Hay alguien ahí?” insistió la joven. Y entonces se escuchó una leve risa. “¿Quién ríe?” preguntó Blanca. “¿Es usted el maquinista?” La risa se escuchaba cada vez más fuerte. Era una risa agradable y muy contagiosa, sin duda a

Blanca le encantaba esa forma de reír. Pero ¿quién reía? eso la tenía intriga-  
gada. Y de pronto se dio cuenta. ¡No podía ser posible! La cara de Blanca  
se llenó de asombro. ¿Ciertamente era real lo que estaba viendo? Se frotó  
los ojos con fuerza y se pellizcó varias veces para asegurarse de que no  
soñaba. Pero no soñaba. Lo que veían sus ojos era cierto. ¡El morro del  
tren era una enorme nariz, las ventanas unos enormes ojos y las puertas  
unas enormes orejas! El tren estaba vivo.

Blanca no tenía miedo del tren. Aunque nunca había visto un tren vi-  
vo, sin embargo no estaba asustada. “¿Dónde va usted señor tren? ¿Y  
qué número de andén es éste?”. El tren respondió “Querida Blanca, es  
difícil saber dónde voy. Mi destino es ciertamente inesperado. Unas ve-  
ces vamos a la montaña a buscar huellas de animales, otras veces vamos  
al bosque a buscar plantas nuevas, otras a la selva a ver animales, y en  
ocasiones vamos al pasado a ver cómo vivían las personas y respetaban  
el medio ambiente... en general tengo que decir que vamos dónde la  
imaginación de los pasajeros nos lleva. En cuanto al andén, mi pequeña  
amiga, ¿aún no te has dado cuenta de que es mágico? ¡Súbete y sueña  
Blanca! porque este tren irá a dónde tu imaginación te lleve”. “Me encan-  
taría”, contestó Blanca. “Pero ¿y mis padres? Les debo avisar para que no  
se preocupen”. Blanca era una niña muy buena. “No debes inquietarte  
pequeña amiga. Cuando vuelvas, para tus padres sólo habrán pasado  
unos segundos”. “¿En serio?” dijo Blanca sorprendida. “¡Pues claro que  
es en serio! ¿Cuándo vas a entender que este andén es mágico?”.

A la mañana del día siguiente, Blanca recordaba con regocijo lo feliz  
que fue durante el viaje en el tren mágico. Estaba deseando volver al  
andén misterioso, estaba deseando volverse a subir en ese hermoso tren  
de nariz hociuda y ojos grandes. Los lugares visitados, la amabilidad de  
las personas, los grandes secretos de la naturaleza descubiertos... sin  
duda el mundo revelado por aquel tren que inesperadamente apareció en  
el andén mágico de la bulliciosa estación era mucho más hermoso que el  
mundo real que ella había conocido hasta entonces. Nada deseaba más  
en el mundo que volver al tren. Estaba convencida de que la realidad  
nunca llegaría a ser tan fascinante como aquel mundo de ensueño recién  
descubierto. Y con este deseo, se levantó de un salto de la cama, se lavó  
la cara, se arregló rápidamente y se fue corriendo sin desayunar en busca  
del tren.

No quería perder ni un segundo, así que anduvo a toda prisa, hasta  
que llegó a la estación. Era tal y como la recordaba: el ruido de trenes

que entraban y salían, las voces de las personas con prisas, las lágrimas de los que se despedían y de los que se reencontraban. Todo estaba igual... pero no veía por ningún lado el Andén mágico. Esperó pacientemente durante todo el día en el mismo lugar en el que apareciera la otra vez, pero no vio a su nuevo amiguito de hierro. Blanca estaba muy triste porque deseaba mucho volver a subirse a ese misterioso tren. Se le ocurrió que quizás el tren no salía todos los días de la semana, y que si volvía el mismo día y a la misma hora de la vez pasada, entonces podría volver a subirse para realizar otro mágico viaje. Se levantó alegre y risueña, pensando que una semana se pasaría rápido, y que pronto volvería a ver a su simpático amiguito.

Durante esa semana Blanca compartió con sus amigos todo lo que había aprendido en su primer viaje: describió los lugares visitados, habló de sus nuevos amigos, de las cosas tan bonitas que aprendió y enseñó a los demás niños una multitud de juegos que era desconocidos en el barrio. A mediado de semana Blanca se había convertido ya en la niña más popular del barrio, y al final de la semana se había corrido tanto la voz que niños de otros barrios de la ciudad se acercaban para aprender nuevos juegos y escuchar las emocionantes historias de Blanca.

Una semana después la multitud de niños que se había concentrado en casa de Blanca era ya impresionante. No había niño en toda la ciudad que no estuviera frente a la casa de Blanca esperando ilusionado para aprender un nuevo juego y escuchar una nueva historia. Pero Blanca ese día no estaba en casa, sino camino de la estación. En sus ojos podía verse la emoción contenida. “Seguro que hoy sí lo veo” se repetía para sí entusiasmada. Cuando llegó a la estación todo le parecía muy familiar: el olor, los ruidos, las luces... Pacientemente se sentó a esperar la llegada deseada del tren misterioso convencida de que hoy sería un gran día. Pero los minutos pasaban lentamente y el tren no aparecía. “¿Por qué no viene?” se preguntaba con tristeza Blanca... Poco a poco la estación fue quedándose cada vez más desolada. Y Blanca, cabizbaja, decidió que ya era hora de volver a casa.

Al día siguiente la multitud de niños y niñas se congregó nuevamente en la puerta para esperar a Blanca. Estaban deseando que les enseñara otro juego y les contara más historias. Tenían tanta ilusión por ver a Blanca, como Blanca tenía ilusión por volver a ver a su tren misterioso. “¡Blanca, Blanca, enséñanos otro juego, cuéntanos una historia!” gritaban desde la calle con la esperanza de que Blanca saliera a jugar con ellos.

Pero Blanca no tenía ganas de historias, ni de juegos. Pensaba que quizás nunca volvería a ver al tren que apareció misteriosamente en aquel andén mágico, y eso le hacía sentirse muy triste.

Día tras día los niños seguían congregándose frente a la casa de Blanca. Sus ganas de volver a jugar con ella no disminuían ni un ápice a pesar de que seguía sin salir de casa. Las historias que contaba Blanca se habían transmitido por toda la ciudad, y Blanca era cada vez más famosa. Todos los niños de la ciudad querían conocer a la niña que contaba esas historias tan hermosas y sabía juegos tan divertidos. Y al cabo de tres semanas ya no había niño de la ciudad que no se congregara en la puerta de la casa a esperar a que Blanca saliera de casa.

Todas las calles de la ciudad estaban desiertas y silenciosas. Todas, excepto la calle de Blanca, allí no cabía un alfiler. ¿Cómo iban a irse? ¿Y si salía Blanca? No había niño que no quisiera conocerla. Durante la espera, todos hablaban de ella. Y aunque era imposible que Blanca conociera a tantos niños, todos juraban que habían alguna vez jugado con Blanca.

Habían pasado ya cuatro semanas, y la multitud seguía esperando a Blanca. Ya nadie tenía muchas expectativas de que por fin saliera a recibirles, pero daba igual, porque se lo pasaban muy bien todos juntos. Intentaban jugar a los juegos que Blanca le había enseñado, y algunos incluso se atrevían a contar las historias de Blanca. Sin embargo, y aunque nadie esperaba ya que Blanca saliera, ese 10 de mayo por fin ocurriría lo que todos estaban esperando. La puerta de la casa se entreabrió y en un instante toda la calle quedó en silencio. Todos los niños estaban expectantes y permanecían callados. “¿Saldría por fin Blanca?” La puerta se abrió lentamente... y cuando estuvo plenamente abierta todos pudieron ver con regocijo y júbilo a Blanca de la mano de su madre. Un grito enorme de alegría proveniente de todos los niños que estaban esperando rompió súbitamente el silencio. Todos estaban muy contentos ¡por fin había salido Blanca! Y gritaban y saltaban de alegría. “Ve a jugar con tus amigos que llevan mucho tiempo esperándote” Le dijo a Blanca su madre.

“¡Blanca, Blanca, Blanca!” gritaban animándola desde la calle.

Blanca no pudo contener la sonrisa. Besó a su madre y tímidamente salió a la calle. La alegría de los niños y niñas no podía ser mayor. Cada vez gritaban y saltaban más y más fuerte. “¡Cuéntanos un cuento!” gritaban unos “¡enséñanos un nuevo juego!” gritaban otros. Pero Blanca ya no sabía más cuentos ni más juegos. Todos los que había aprendido du-

rante su viaje mágico ya los había compartido con sus amigos. Sólo podía hacer una cosa. Decir la verdad. Que no se los había inventado ella, sino que los había aprendido durante un viaje misterioso que hizo montada en un tren hociudo y orejudo que apareció misteriosamente en un andén mágico. Los niños y niñas escuchaban boquiabiertos la fabulosa historia de Blanca.

Pero la historia tenía un final triste. Blanca les dijo sollozando que el tren nunca más volvió a la estación, y que seguramente nunca más volvería. Se hizo entonces un silencio enorme. Nadie se atrevía a decir nada, hasta que una niña pequeñita tuvo la valentía suficiente para hacer la pregunta que todos tenían en mente. “¿Entonces ya no podremos conocer nuevas historias ni aprender juegos nuevos?”. Todos miraban fijamente a Blanca para ver qué respondía ella. Blanca podía leer en los ojos de todos aquellos niños que no querían de ningún modo escuchar cómo Blanca les decía que ya no habría más cuentos ni más juegos nuevos. ¿Pero qué iba a decirles? Tardó en contestar al menos 10 segundos hasta que finalmente dijo. “Me sé un último juego. El juego más importante de todos. Un juego que cuando juegas a él entonces aparecen infinitos juegos”. Dijo Blanca, y todos los niños la miraban intrigados. “Vaya – pensaban – ese tiene que ser el juego más divertido del universo”. Una voz se escuchó desde el fondo de la muchedumbre “¿cómo se llama ese juego?”. Blanca dudó un poco, pero esta vez no tardó mucho en responder, y con muy sonriente dijo “Andén mágico. Ese es su nombre. Hoy haré yo de tren misterioso, pero mañana le tocará a otro ¿vale?”. Blanca les dijo a los demás niños que se pusieran en fila haciendo un tren, y todos los niños de la ciudad se pusieron en fila. Era sin duda el tren de niños más grande del mundo. Cuando todos estaban agarrados Blanca empezó a andar gritando “¡Tschú, tschú! Súbete y sueña amiguito, porque este tren irá a dónde tu imaginación te lleve”. Todos repetían esa frase que les parecía tan bonita. Y una aureola mágica pareció que envolvía a los niños. No había duda. Tantos niños juntos podrían hacer cualquier cosa. Y ese día la imaginación les llevó a cientos de lugares nuevos, donde conocieron cientos de historias nuevas y cientos de juegos nuevos.

Esa noche todos los niños contaban a sus padres lo que había ocurrido. Les contaban que se habían convertido en un tren mágico y que habían hecho un viaje alucinante. Algunos incluso aseguraban que mientras viajaban un tren hociudo de ojos grandes pasó a su lado gritando: “¿lo ves Blanca? ¡A donde tu imaginación te lleve!”.

ALEJANDRO ROJAS JIMÉNEZ es profesor en el Málaga Institute of Technology.

*Líneas de investigación:*

- Idealismo alemán, fenomenología, teorías de la verdad

*Publicaciones recientes:*

- J. A. García-A. Rojas (eds), *El idealismo alemán y sus consecuencias actuales*, Suplemento 19 (2014) de *Contrastes*.
- Das Potezlose, Die Spur Schellings in der Spätphilosophie Heideggers, *Olms Verlag*, Hildesheim, 2014.

Dirección electrónica: rojasj\_a@yahoo.es